

PA
LA
BRAS
MA
YORES .

CUENTOS CUBANOS



Cuentos cubanos

Onelio Jorge Cardoso

Virgilio Piñera

Mirta Yáñez

Reinaldo Arenas

Jesús Díaz

María Elena Llanas

Eduardo Heras León

Carlos Victoria

FACTOTUM
EDICIONES

PA —
LA —
BRAS
MA —
YO —
RES .

Cuentos cubanos / Virgilio Piñera ... [et al.] ; compilado por Mercedes Calero.- 1a ed.- Buenos Aires: Factotum Ediciones; Madrid : Editorial Popular, 2020.

112 p. ; 22 x 15 cm. - (Palabras mayores)

ISBN 978-987-4198-23-5

1. Antología de Cuentos. 2. Narrativa Cubana. 3. Literatura Latinoamericana. I. Piñera, Virgilio. II. Calero, Mercedes, comp.

CDD Cu863

© Factotum Ediciones, 2020

Roseti 782 (1427)

Buenos Aires, Argentina

www.factotumediciones.com

info@factotumediciones.com

© Editorial Popular, 2002, 2020

C/Doctor Esquerdo, 173 6º Izda.

Madrid, España

www.editorialpopular.com

Coordinación editorial: Luciano Páez

Asistencia editorial: Alejandra Tejjido

Prólogo: Hugo Salas

Diseño de tapa: Luciano Páez

Ilustración de tapa: Shutterstock

ISBN 978-987-4198-08-2

Libro de edición argentina.

Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor y herederos. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

Prólogo

Acaso porque la dominación de España se extendió allí más que en el resto del continente, o porque sea cierta la afinidad entre el barroco y la isla que desveló a Lezama Lima, en Cuba la lengua tiene otro color. No es solo cuestión de variantes léxicas, ni siquiera de adopción de extranjerismos singulares (como el itálico “máquina” para los automóviles), sino de ritmo, sintaxis, respiración. Se hace sentir en las letras de sus sonos, en las charlas sobre el malecón, en la retórica inflamada que acompañó sus procesos políticos y también, desde luego, en su literatura. Para el resto de los hispanohablantes, leer cubanos es siempre, por fortuna, sumergirse en una lengua que es la nuestra y es otra.

Existiría la tentación de identificar como una de las constantes de esta literatura su relación con la

oralidad, hecha la salvedad de que la conversación, en esta isla, parece una forma mediada y distante de escritura en el aire, trazada bajo los influjos de un tiempo compuesto de infinitos segundos, cada uno de ellos interminable, bañados por la luz cegadora del Caribe. Cuba siempre hace dudar, como si toda ella fuera un material espejismo.

Sin duda, el primero de los autores de esta antología, Onelio Jorge Cardoso, pertenece al linaje de los grandes cuentistas latinoamericanos que a principios de siglo se afanaron por alcanzar la maestría técnica del género, fuertemente influenciados por los modelos de Poe y Maupassant. Su preferencia por el ámbito rural, campesino, llevó a encuadrarlo de manera reduccionista dentro del criollismo, pero su atención a los dispositivos de la narración y la trama, como descubrirá el lector, lo hacen exceder largamente esa categoría.

Lacerante, incómodo, contundente, surrealista, frío de muerte, los epítetos se agolpan a la hora de pensar en el impar Virgilio Piñera, poeta y dramaturgo que contrapuso a las armonías alambicadas de sus enormes contemporáneos una lengua implacable y afilada. El cuento que aquí se incluye pertenece a su serie de sátiras sociales, que bajo la apariencia de seguir las coordenadas del artículo de costumbres,

en realidad no hacen otra cosa que destruir todas sus condiciones de posibilidad.

Más académica, sin duda, es la producción de Mirta Yáñez, representativa de cierto tono didáctico y moralizante, afín a la fábula y la parábola laica, que caracterizó a buena parte de la literatura producida en sintonía con la revolución. Con una poética similar, el cuento de Jesús Díaz pone de manifiesto todas las tensiones que subyacían a los sistemas de identificación y valores en que se fundó esa narrativa.

Como si hiciera caso omiso de estas discusiones, el cuento de Reinaldo Arenas, con sus dobleces del decir, recupera todo el sabor y la complejidad de una marea de la oralidad en la que cuesta hacer pie y enderezar los sentidos, a la manera de la representación más palmaria de una realidad que se ha vuelto inestable, incierta y amenazadora. En su caso, las experiencias desdobladas del exilio interno y exterior se trasladan en un anonadamiento respecto de la relación misma entre el narrador y el relato.

La imagen de un espejo habitado por muertos que nos propone María Elena Llana acaso constituya una de las expresiones más potentes de la experiencia cubana durante los últimos años, en que para muchos el presente parece no ser otra cosa que una superficie

donde se refractan y desdoblan los fantasmas de una historia que aun no se termina de contar.

El acento en la contraposición intergeneracional, una de las constantes a partir de la época de privaciones conocida como Período Especial, posterior a la caída de la Unión Soviética, se hace sentir con fuerzas en el sencillo y limpio relato que Eduardo Heras León elige situar en un espacio emblemático del imaginario de la Cuba revolucionaria: la Escuela Taller.

Cierra el volumen un cuento de Carlos Victoria que se erige como claro representante de la óptica de los exiliados en los Estados Unidos frente al proceso de apertura de los últimos años. Más allá de sus méritos, llama la atención, en todo caso, que los sistemas de valoración e identificación y el tipo de realismo que propone coincidan, notoriamente, con aquellos que ya advirtiéramos en Yañez como elementos característicos de la avanzada ideológica de la revolución.

FACTOTUM
EDICIONES

Hugo Salas

En la caja del cuerpo

Onelio Jorge Cardoso

“...sin que se le caigan los ojos, ni en la caja del cuerpo se vea miedo”.

José Martí

A un hombre se le sabe el oficio si se le mira con detenimiento. Cada quien tiene en la presencia de su cuerpo lo que de rechazo le fundió con sus días la pelea de vivir. Mire, haga la prueba, váyase donde haya muelles y mar y vea los pies desnudos de los que navegan. Garras, lo que se dice garras. Un pie que tiene que pasarse la vida buscando las partes sólidas de lo que se mueve bajo la quilla se vuelve un pie de mar. Un hombre, pues, se mide por un pedazo vivo de él, o por un pedazo muerto que vivió más que los otros. Pero vean, todo esto no valía de nada delante de Guadalupe. Él era seco, parejo de hombros, pequeño y aceitunado, un color que le venía de magia para ocultar sus años, y por lo demás, era uno de allí del pueblo al que usted podía pasarle mil veces por el lado y no saber nunca lo que hizo una vez.

Alto y magro, recostado al mostrador de la tienda, mientras llovía en la calle de piedras el mulato contaba, y se detuvo en aquel momento porque una mosca vino huyendo del agua y entorpecida por el calor casi se le mete en la boca.

—¡Cochina mosca! ¡Cuando uno habla de un hombre no deben volar! —Y nos arrancó la risa de un golpe, casi en competencia, para que se nos oyera mejor a cada uno. Luego, el mulato siguió diciendo:

—¡Así, así era el hombre, que yo lo sé!

¿Pero quién iba a darse cuenta? ¿Quién sabe nunca lo que está pegado por detrás de las costillas al corazón de un hombre? Este fue aquí el caso de Guadalupe y se lo cuento porque seguramente ustedes se preguntarán como yo, por cuál parte del mundo puede hallarse un hombre completito, aunque no lo diga la caja de cuerpo. Pues vean si no. Aquello empezó una tarde, cuando mandaba aquí López Rosa y yo había ido a casa de Guadalupe con un recado de Don Jacinto que le fuera a domar el potro nuevo. De eso le estaba yo hablando al viejo cuando el Teniente entró, extendida la mano a Guadalupe, y a mí sin mirarme.

—Vea Teniente, que tengo un amigo en casa. Y el Teniente me dijo «Perdone», y me alargó la mano izquierda, como de favor. Después se volvió a Guada-

lupe, y ya él estaba sobre lo suyo, que esa mañana era terminar una jáquima¹ nueva.

—Vengo a pedirle un servicio, Guadalupe, pero más se lo va a prestar a Cuba que a mí.

—Usté dirá, Teniente.

—Diré si estamos solos. Son cosas del servicio.

Guadalupe no levantó la cabeza, pero la voz vino firme y tranquila como el que solo tiene una opinión de las cosas:

—Delante de este puede hablar todo lo que tenga su cadena conmigo.

Y el Teniente me miró otra vez, y yo hubiera jurado que se iba a largar, pero como no traía una cosa grande esa mañana a casa de Guadalupe, se quedó callado un momento y luego volvió a lo suyo:

—¿Ha oído hablar del Congo², Guadalupe?

—Sí.

1. Cabezada de cordel, que puede sustituir al cabestro y que sirve para llevar a las bestias juntas.

2. Expresión usada con frecuencia para nombrar a las personas negras. Proviene del antiguo Congo, zona de procedencia de muchos esclavos negros que fueron llevados a Cuba.

—Bueno, yo no quisiera desmejorar los míos, pero hay que decirlo: en el Puesto no tengo un hombre con condiciones para cogerlo vivo o muerto.

—¡Otra vez la condenada mosca vino!

—La sentí pasar zumbando por mi oreja y luego la vi chocar contra la frente limpia del mulato. Este tiró a voleo un manotazo que le cayó entre media cara, mientras la mosca se escurría abajo. Mas en seguida el mulato volvió al asunto:

El viejo dejó entonces la sogá y levantó la cabeza mansa todavía con los dos frijolitos de los ojos como quien dice dormidos:

—¿Y qué hay de que no tiene hombre, y me necesita, Teniente?

—Hay tiempo que lo conozco, Guadalupe, y ahora todos los días me digo: si alguien me trae hasta la puerta del cuartel al Congo cogido por los tarros, es usted, ¿estamos o no?

—No, Teniente, no estamos.

Lo dijo mansamente, mirando de lado a la mesa donde al hablar ponía la jáquima ya terminada. El Teniente se quedó mirando la sogá con ojos que no veían y como desamparado de pronto, pero en seguida se recobró y casi se come al viejo a preguntas:

—Guadalupe, usted sabe lo de «Tibisí Alto».

—Sí.

—Dos hombres inutilizados para siempre y uno muerto. ¿Le parece cosa bonita que se haga eso?

—Pues fue el Congo. Eso lo sabe todo el mundo y lo pregonan hasta las piedras.

¿Y lo de la mujer de Emiliano? ¿No está el pobre ahí en el pueblo, que no quiere ni volver a la casa, pensando que su mujer está viva y no muerta de una bala del Congo?

—El hombre está ciego porque es muy grande su pena, Teniente, pero a usted mismo le dijo que él disparó primero y luego se metió en la casa para quitarse las balas del Congo. Un vino, y como son las balas. No dijo para quién, la pobrecita mujer que ni sabía...

—Guadalupe, entienda, el campo entero lo necesita a usted.

—Teniente, el hombre no me ha hecho daño.

—Mata y roba. ¿Qué más quiere usted?

¿O es que usted no tiene condenación para los bandoleros, Guadalupe?

Esta vez López Rosa subía el tono de su voz. Quizá ni él mismo lo había advertido, pero el viejo se enderezó entonces, ladeó la cabeza y fue a poner sus ojos en los verdes del Teniente:

—No me haga decirle que como no me pongo uniforme tengo la suerte de ver a los hombres por las dos caras que tienen, Teniente.



¿Disfrutaste el libro que comenzaste a leer?

**Podés adquirirlo en www.factotumediciones.com
y en cientos de librerías.**

**Gracias por apoyar con tu lectura y recomendaciones
este proyecto editorial.**

Factotum es una editorial independiente con base en Buenos Aires que apuesta por ediciones cuidadas de obras de ficción escritas por autores latinoamericanos contemporáneos. Nuestros lectores disfrutan de la literatura que ficciona y recrea los grandes temas actuales de nuestras comunidades.

Factotum propone un universo de historias que nos reflejan o nos invitan a asomarnos a mundos ajenos, pero cercanos. Libros que abren las puertas del erotismo, la violencia, las relaciones de pareja y familiares, el humor y la desesperación.

¿Nos acompañan a atravesar el paraíso y el infierno de nuestra sociedad?